



Jordi Palafox
Catedrático de la Universidad de Valencia

Fue vocal del consejo de administración de Bancaja de 1998 al 2006, año en que dimitió

“Las causas que han provocado esta situación son conocidas. No ocurre lo mismo con sus consecuencias, a pesar de que a partir

de ahora nada va a ser igual en la Comunidad Valenciana”



Fachada de la oficina central de la CAM en Valencia; una de las previsibles consecuencias de su adquisición será la pérdida de influencia de la entidad en la Comunidad Valenciana

JORGE CENCILLO / ARCHIVO

SIN CAM, NI BANCAJA NI EL BANCO DE VALENCIA

Como constataba a comienzos del siglo XX un observador de la primera etapa de la globalización, “los problemas que no se resuelven por la previsión, el acierto y la habilidad de los hombres de Estado, se resuelven a la postre por sus propias internas energías”.

Faltos los valencianos durante las últimas décadas de ese tipo de dirigentes, tanto en política como en las organizaciones empresariales, en menos de un año hemos visto desaparecer a las tres entidades financieras autóctonas con las que contábamos.

Primero fue la CAM, intervenida por su falta de viabilidad. Después Bancaja, laminada por Caja Madrid. Y, hace pocos

días, el Banco de Valencia, también intervenido.

Las causas que han provocado esta situación son conocidas. No ocurre lo mismo con sus consecuencias, a pesar de que a partir de ahora nada va a ser igual en la Comunidad Valenciana. Al menos en cuatro dimensiones complementarias, al margen del efecto de las pérdidas que han sufrido los accionistas del Banco de Valencia.

La dimensión más controvertida se refiere a la financiación a empresas y familias. En presencia de mercados con información perfecta, la ausencia de entidades financieras radicadas en la sociedad valenciana no afectaría negativamente al crédito. Sin embargo, si no se participa del *mercator gloriosus* que defendería

Hicks, esa conclusión no es tan evidente. Las directrices estratégicas de un banco, como las cuotas de riesgo que asumir en cada sector o la relación de aquellos considerados de interés, son decididas por su cúpula. Por tanto, un desconocimiento del entramado societario valenciano repleto de microempresas generará, todos lo demás igual, una situación menos positiva. Al margen queda la necesidad de generar de nuevo un currículum reputacional que no es fácil para empresas de tan pequeño tamaño.

En otras dimensiones, la dirección de los cambios es menos discutible y siempre negativa. Es el caso de la obra social en donde, mal o bien, CAM y Bancaja han venido desarrollando una destacada actividad. En el 2009, su presupuesto conjunto superaba los 120 millones y ampliamente los 1.000 durante la última década. Con tan cuantiosos recursos se podría haber conseguido mucho más, pero ahora esa inversión desaparece (CAM) o tenderá a reducirse (Bancaja).

Que se respete unos años la territorialidad de la actuación, algo imposible en una CAM adquirida por un banco, no debe confundir. A medio plazo, el grueso de actividad cultural y social articulada en torno a Bankia se realizará en Madrid. Sus efectos inducidos en Valencia se van a desvanecer

afectando al tejido de empresas culturales, o con vinculación con la cultura y a los profesionales ligados a ellas.

A lo cual se suma el traslado de los servicios centrales de las tres entidades con un coste muy importante sobre el stock de capital humano. Los efectos de desbordamiento vía trabajadores cualificados que los abandonaban para crear sus propias empresas se

Disminuirá la inversión en obra social y la capacidad de empresas y familias para conseguir crédito

La visibilidad e influencia de los valencianos, ya muy reducida, todavía va a ser menor

anulan. Y entre ambas cajas se superaban los 7.000 directivos y técnicos. Los directivos más cualificados van a emigrar de una economía en donde los puestos de trabajo de escasa cualificación son abrumadora mayoría.

Y, en cuarto lugar, pero no el

menos importante, la Comunidad Valenciana pierde tres elementos emblemáticos, lo cual es un aspecto relevante cuando la mejor tarjeta de presentación de una economía son sus empresas. Siendo el 99,9% de las valencianas liliputienses, sin esas tres sociedades habrá, a buen seguro, una visibilidad e influencia todavía menor de los valencianos tanto en el resto de España como en el exterior.

La visibilidad e influencia de la Comunidad Valenciana eran ya muy reducidas, como lo refleja el estar a la cola en la financiación por habitante o el fracaso de la Agencia Valenciana de Captación de Inversiones, a pesar del ingente gasto en eventos deportivos. Pero al menos existía la herramienta para ayudar a mejorarla. Una vez desaparecidas CAM, Bancaja y el Banco de Valencia, la condición necesaria aunque no suficiente para acometer esa tarea se evapora.

Y los desafíos existentes no son pocos ni de escasa importancia. Abarcan desde la modificación del sistema de financiación autonómica hasta conseguir hacer realidad el corredor mediterráneo pasando por una atención real a las pymes en la promoción exterior. La formación de un lobby valenciano eficaz, nunca fácil en nuestra historia, ha pasado a ser una quimera.